
Nueve tópicos para reflexionar en plural sobre la carrera del futuro.

Raúl Fuentes Navarro

Una perspectiva personal

La invitación recibida para colaborar en este número especial de la revista **Códigos**, y por supuesto su aceptación, están llenas de implicaciones, de sobreentendidos. A una lista de posibles colaboradores se nos pidió "una reflexión sobre el desarrollo de *nuestra disciplina* en México", organizada en respuesta a dos preguntas: "¿qué hemos hecho *los comunicólogos* mexicanos en 48 años de labor?" y "¿qué haremos en los próximos años?". He puesto en cursivas los tres términos en los que me siento obligado a centrar esta reflexión personal, que intenta contribuir a algo más que a eso, pues creo que lo más pertinente es alentar la discusión y aportar algunos elementos que ayuden a organizarla. Es decir, creo que es indispensable seguir intentando cultivar colectivamente las preguntas, en vez de pretender imponer a otros las respuestas que, mal que bien, han operado como guías de las acciones individuales.

Pero el punto de vista, inevitablemente, tiene que ser personal. Por ello declaro, de entrada, algunos de los parámetros elementales que pueden servir para ubicar el lugar y la posición desde donde expreso mis posturas con respecto al *campo académico* del estudio de la comunicación en México, que ha sido, en general, mi objeto de intervención y de investigación, es decir, mi ámbito de desarrollo profesional y de aprendizaje, desde 1970. A diferencia de la mayoría de quienes han *cruzado* ese campo académico durante casi cinco décadas completas en México y actúan como profesionales de muy diversas especia-

lidades, yo me he convertido en un *agente* del propio campo, y a diferencia también de la mayoría de esta última categoría de sujetos, que nos dedicamos a la enseñanza y/o la investigación, una buena parte de mi *proyecto* académico ha estado basado, precisamente, en la reflexión sobre el propio campo académico. De ahí que asuma, prácticamente como un deber o una responsabilidad profesional, la de *someter a interlocución* mis interpretaciones sobre un aspecto de la realidad que está hecho, esencialmente, de interacciones y de condiciones determinantes de interpretaciones como la mía.

En función tanto de la solicitud aceptada como de la intención declarada, adopto un tono de escritura relativamente informal, y deliberadamente alejado del empleo de referencias bibliográficas o de citas de datos precisos. No trato con ello de restar seriedad a los planteamientos, sino de facilitar la interlocución. De cualquier manera, buena parte de las interpretaciones aquí expresadas están expuestas más formalmente en muchos de mis textos publicados, a los que siempre se puede recurrir.

I “La carrera del futuro”

El primero de los tópicos que propongo para la reflexión es la fórmula que se usó extensamente hace unas décadas en “nuestro” campo académico y que parece seguir operando como una condensación de sentido para miles de jóvenes que (además de que no incluye matemáticas) eligen esta carrera como opción de formación universitaria distinta de otras por su promesa tácita, aunque cada vez menos definida, de participar en los procesos sociales desde una especialidad protagónica.

Heredera de la ilusión modernizadora de los años cuarenta de que ingresar en la universidad “garantizaría” el futuro de cualquiera que lo consiguiera, y de la no menos ilusoria y modernizadora suposición de que la “comunicación” sería la clave para la construcción de una “nueva sociedad”, la carrera de comunicación, al igual que muchas otras, nació marcada por ingredientes utópicos que, no obstante su potente y plural impulso simbólico, muy pronto debió enfrentar las evidencias de que los factores distópicos tendrían también que tomarse muy en cuenta.

El desarrollo de los “medios” previsto en las universidades como las instituciones sociales desde donde prioritariamente los “comunicadores” habríamos de impulsar la transformación de la sociedad, nunca correspondió con los requerimientos de personal ni con los proyectos de desarrollo de ese crecientemente poderoso sector industrial. Y sin embargo, la oferta de programas de licenciatura en comunicación, es decir, la oferta de formación universitaria profesionalizante por antonomasia, no ha dejado de crecer en todo el país (y en muchos otros).

Las “utopías” asociadas originalmente a las carreras de comunicación como referentes del futuro deseable y posible (un periodismo independiente, influyente y responsable; unos medios que difundan contenidos culturalmente ricos, basados en valores humanísticos; una sociedad estructuralmente transformada en términos de equidad y de progreso democrático), fueron perdiendo presencia y fuerza de orientación como *propuestas de sentido* en los currícula y en los proyectos de formación universitaria, conforme creció el número de instituciones y de estudiantes, y se intensificaron las evidencias inmediatas de la prevalencia progresiva de “realidades” aparentemente opuestas.

La “crisis” nacional de los años ochenta cambió, entre otras muchas cosas, las certezas básicas que habían impulsado a los estudios de comunicación hacia un futuro que se asumió como irrealizable, y las substituyó por otras: la eficacia funcional que parecían aportar las “nuevas tecnologías de información y comunicación”, la sobrevivencia individual en mercados profesionales saturados y muy competitivos, la incapacidad de los sistemas intelectuales para dar cuenta del presente y con mayor razón del futuro. En ese contexto, paradójicamente, dejó de ser satisfactoria la denominación “comunicador” y se empezó a ampliar la adopción de “comunicólogo” en su lugar.

2 La falsa disciplinarización

Ninguno de los proyectos “fundacionales” de la carrera de comunicación (el de la profesionalización de los periodistas en los cincuenta; el de la difusión de la cultura humanística a través de los medios “masivos” en los sesenta; el de la transformación social radical en los setenta) incluyó la idea de que existiera o debiera existir una disciplina académica para desarrollarse, ni en México ni en ninguna otra parte. Al contrario: se asumía la necesidad esencial de formaciones multidisciplinarias amplias (aunque con distintos alcances y sentidos) para que los “nuevos” profesionales (periodistas, comunicadores, comunicólogos) sintetizaran los saberes y los métodos de distintas procedencias (técnicas, humanísticas, científico-sociales sobre todo) para desarrollar competencias y actuaciones *comunicativas o comunicacionales* (intervenir comunicando o intervenir en las comunicaciones de otros).

Actualmente prevalecen más de cincuenta denominaciones distintas para la carrera en México, sin que ello afecte su identidad compartida, derivadas de tres concepciones nominales, ninguna de las cuales corresponde a una disciplina: la denominación de una especialidad profesional (periodismo, relaciones públicas, publicidad, mercadotecnia...); la de una conjunción de saberes de diverso nivel: (ciencias y técnicas... de la información, de la comunicación...); o la más común, (Ciencias de la) Comunicación. La pregunta eterna sobre cuáles son, deben o pueden ser “las ciencias” de la comunicación, mantiene el plural para el sujeto del enunciado y curiosamente el singular para el predicado... como si hubiera un acuerdo pleno sobre lo que abarca y significa “comunicación”.

En la formación profesional, curricularmente mediada de distintas maneras según las distintas instituciones donde se imparte, hay evidencias más que elocuentes de la multidisciplinariedad constitutiva de los estudios de comunicación, especial y paradójicamente notables en las asignaturas “teóricas” (se les llame “teoría(s) de la comunicación” o, significativamente, “sociología... psicología... filosofía... ética... de la comunicación”). Más elocuente aún es la ausen-

cia de un sistema conceptual más o menos consistente que sirva de base para la enseñanza. Porque una “disciplina” es un conjunto de saberes (y técnicas, y métodos, y actitudes, y creencias...) reproducibles, es decir, enseñables. Tanto en su escala más abstracta (un sistema teórico) como en su escala más concreta (unos modos específicos de ser profesional), la ausencia de una “disciplina de la comunicación” es patente.

Hay bosquejos de especialidades, muy pocas por cierto, en los planes de estudio. Hay sesgos (selecciones de modelos) y perspectivas, algunas de ellas bien fundamentadas, en cuanto a lo que incluyen y lo que excluyen. Por ejemplo, casi no hay atención a la “comunicación interpersonal” o a la “comunicación intercultural” en los currícula de comunicación, ni desarrollo de perfiles profesionales de alta pertinencia potencial en esas áreas, al menos tan alta como en otras que sí se atienden (comunicación organizacional o educativa). Pero en los planes de estudio mexicanos, quizá a partir de la idea de que hay (o puede o debe haber) una disciplina, hay una desmesurada homogeneidad y muy escaso desarrollo de la diversificación y la especificación que, en razón de las dinámicas de mercado laboral, sí se percibe en las estructuras profesionales. No obstante, esa homogeneidad curricular no excluye una gran diversidad de “niveles de desempeño” y una creciente *diferenciación* (que los sistemas de acreditación no alcanzan a evidenciar) en términos de calidad académica de la formación profesional, entre instituciones (universitarias y comerciales) de “educación superior”.

El anhelo (y recomendación de CIESPAL en los sesenta) de autonomizar (institucional y quizá también académicamente) los estudios de comunicación en las universidades, se ha confundido con la necesidad o la posibilidad de constituirlos en una “disciplina”, lo cual al menos ha significado una distracción que perdura a lo largo de décadas, en México y en otras partes. Hay facultades, escuelas, departamentos (y hasta “universidades” completas) de comunicación, pero también la carrera de comunicación sigue compartiendo (y disputando) espacios académicos (y recursos y poder) con otras carreras (sociología, ciencia

política, psicología, derecho, educación, y casi cualquier otra). De cualquier manera, con mayor o menor cercanía organizacional, en los planes de estudio de la carrera siguen concurriendo, necesariamente, especialistas de muchas otras “disciplinas”, lo cual no implica, casi nunca, el establecimiento de relaciones de “fertilización cruzada”, *interdisciplinarias*, y mucho menos *transdisciplinarias*, trayectoria deseable de los campos de estudio de origen multidisciplinario.

3 La inespecificidad profesional

En México hay un nivel asombroso de ignorancia, en las escuelas de comunicación (al igual que en las de muchas otras especialidades), acumulado y reproducido a lo largo de décadas, sobre los perfiles profesionales “reales” (empíricos) de sus egresados y los factores que los determinan. Los escasos estudios sistemáticos disponibles indican una tendencia a la diversificación de estos perfiles que rebasa con mucho la capacidad de los planes de estudio para incorporar el reconocimiento de al menos la mitad de ellos.

En un entorno de contracción, precarización y “flexibilización” del empleo, especialmente del profesional, muchos miles de egresados de las carreras de comunicación han invertido sus recursos (aprendidos en la universidad o en otra parte) para *crear* cientos de perfiles (de mayor o menor definición, pertinencia y estabilidad) para la actuación profesional, que podrían “realimentar” el mundo académico, pero que lo han hecho muy poco.

Quizá la carrera de comunicación, que convoca a una considerable cantidad de estudiantes, podría superar el estado de homogeneidad que caracteriza a su oferta “profesionalizante” en todo el país, y especializarse o incluso subdividirse, a partir de un reconocimiento sistemático de los factores que confluyen, y seguirán confluyendo, en la formación de espacios para el desarrollo de perfiles profesionales que bien pudieran identificarse como *comunicativos* o *comunicacionales*. Ese reconocimiento es una tarea de investigación académica, y va más allá de un “seguimiento de egresados”. Implica, entre otras cosas, la capacidad de articular teóricamente las “competencias” que pueden enseñarse (y disciplinarse) con todos aquellos factores de la vida social contemporánea sobre los que no se puede tener control previo (como la comunicación).

Las profesiones de “comunicador” (o peor aún, de “comunicólogo”), si alguna vez tuvieron alguna especificidad constatable, en las últimas dos o tres décadas la han perdido, lo cual no significa que no haya claros rasgos de “identidad”, muchos de los cuales operan socialmente como “ventajas” en relación con otros profesionales. También por eso “estudiar” (formarse profesionalmente en) comunicación se ha hecho cada vez más difícil, aunque en la cotidianidad de las escuelas cursar la carrera resulte aparentemente cada vez más fácil, en ausencia del rigor del modelaje (disciplinarización) intelectual, técnico y social que caracteriza, caracterizaba o debería caracterizar a la formación profesional universitaria. La dimensión ética (exista o no una asignatura denominada así) y las competencias reflexivas (críticas) se vuelven contenidos abstractos en ausencia de este modelaje profesional, y la “identidad” profesional se reduce quizá a algunos estereotipos (informalidad, “creatividad”, inventiva...) o estilos de actuación (flexibilidad, relativismo, liderazgo...).

4 El inmediatismo superficial

Es muy interesante contrastar la solicitud de colaboraciones a la que responde este texto, una reflexión sobre lo que “hemos hecho” en 48 años, con la cada vez más extendida incapacidad en nuestro entorno para referirnos a un horizonte temporal relativamente alejado del presente inmediato, sea hacia el futuro o hacia el pasado, incapacidad que no es fácilmente separable de la capacidad reflexiva misma. Quizá esta sea la victoria más contundente de “nuestro objeto”, la “comunicación” contemporánea, sobre nuestra constitución como sujetos especializados en su comprensión.

Las mediaciones históricas, tecnológicas, sociopolíticas, culturales, económicas... que determinan a los “medios” y sus audiencias, que adelgazan la densidad del mundo de la vida y aceleran el ritmo de las transformaciones superficiales para ocultar la permanencia de las estructuras fundamentales (en las esferas públicas y privadas), que nos demandan una atención total a un presente efímero y hacen de la “conciencia histórica” cada vez más una hazaña o una impertinencia, al mismo tiempo que nos privan del impulso utópico hacia “adelante”, nos limitan el reconocimiento de lo que queda “atrás”.

Los discursos y las prácticas que expresaron y pusieron en marcha los procesos de fundación de la carrera de comunicación, y su desarrollo institucional y social a lo largo de varias décadas y en múltiples localidades, pueden revisarse para descubrir cómo se han procesado y cuáles son los saldos de las incontables ocasiones en las que se han reciclado los mismos elementos originales en relaciones, a veces nuevas, a veces repetidas, con las múltiples “novedades” que continuamente se exige incorporar en los proyectos académicos y sociales del estudio de la comunicación. Pero estas revisiones escasean, a pesar de que muchos de los agentes del campo académico, y de hecho la mayoría de quienes ocupan las posiciones dominantes, están ahí, como protagonistas, desde su fundación o poco después. Pero la condición inmediatista y superficial predomina: muchas veces, el tiempo parece no haber pasado, pues las preguntas centrales, y lo que es peor, las respuestas esenciales, aparentemente son las mismas.

5 La constitución del campo académico

Aunque no se pueda identificar una disciplina, no hay duda de que el estudio de la comunicación presenta muchos de los rasgos que permiten reconocerlo como un campo académico: una estructura compleja de relaciones sociales institucionalizadas en la que se lucha por el “monopolio del saber legítimo”. A pesar de tener un grado bajo de autonomía, y de la relativa pobreza del “capital acumulado” en disputa, hay múltiples y variados indicadores “objetivos” de su dinámica.

Hay una creciente demanda de estudiantes, y por lo tanto un crecimiento institucional en la oferta de programas de formación. Hay procesos de reproducción de ciertos roles (profesionales) y de ciertas versiones de los discursos (y las prácticas) académicos que interactúan entre sí y con diversos agentes externos al campo. Hay proyectos institucionales, grupales y personales diversos y espacios trans-institucionales, como las asociaciones académicas, en que se confrontan, buscando la “hegemonía” y la convergencia de intereses, que a todos conviene fortalecer... Hay publicaciones y congresos científicos y profesionales, etcétera.

También hay, aunque se les debe considerar como una estructura “subdesarrollada”, programas de posgrado, es decir, instancias de profesionalización avanzada y desarrollo de la investigación y la formación de investigadores “de la comunicación”. Pero la (des)proporción entre el número de estudiantes de licenciatura y estudiantes de posgrado en comunicación en México es escandalosa: 75:1, cuando el promedio nacional es de 13:1. Si a eso agregamos que sólo cinco de los más de treinta programas de maestría cuenta con la acreditación en el Padrón Nacional de Posgrado, y que no hay ningún programa de doctorado específicamente “en comunicación”, la formación de profesores e investigadores en el país es claramente deficitaria. Además, puede considerarse el hecho de que casi la mitad de los estudiantes de los posgrados en comunicación tienen estudios de licenciatura en otras carreras, para documentar elementalmente la brecha creciente, desde los números, que existe en el

campo de la comunicación entre las licenciaturas y los posgrados.

La investigación, no obstante, ha crecido y se ha fortalecido, aunque no hay centros universitarios de investigación de la comunicación (y prácticamente tampoco no-universitarios): los investigadores son profesores, y más de cien de ellos pertenecen al Sistema Nacional de Investigadores, cifra pequeña pero no despreciable, considerando que en el año 2000 había 40 y siete en 1990. Lamentablemente, las revistas académicas especializadas, de carácter científico, no sólo no han aumentado sino que han disminuido su número en las últimas dos décadas. Desde las instancias de investigación y posgrado, estas sí creciente y decididamente interdisciplinarias, el campo académico de la comunicación en México manifiesta cada vez más preocupantemente su “desvinculación múltiple”.

6 La fragmentación como amenaza

Probablemente el rasgo más preocupante que emerge de las revisiones de la producción de investigación académica de la comunicación en México (al igual que en otros países) es su clara tendencia a la *fragmentación*, que no a la especialización. La diferencia es importante: la producción científica, en cualquier área, tiende a especializarse, a subdividirse, a ramificarse, para poder mantener en límites *razonables* el rango de fenómenos a estudiar, es decir, para que los especialistas puedan conocer *a fondo* su campo de estudio y participar en su desarrollo tomando decisiones individuales, locales e internacionales articuladas unas con otras, tendientes a ser decisiones *colegiadas*. Cuando esta articulación se pierde, la subdivisión se convierte en fragmentación, en alejamiento progresivo de unas especialidades con respecto a las otras, en aislamiento. La investigación de la comunicación, precaria como es, tiende más a fragmentarse que a especializarse en todo el mundo, debido quizá sobre todo a su debilidad teórico-metodológica de base.

Cada “segmento” de investigación tiende a adoptar sus propias convenciones, sus propios consensos sobre “qué es” su objeto y cómo conviene investigarlo, es decir, a qué factores académicos y extra-académicos es necesario articular la práctica científica, independientemente de su fundamentación más amplia. Ante un conjunto de referentes a los que se les puede llamar “comunicación”, que crece, se expande y cambia a una altísima velocidad, el sentido de urgencia prevalece sobre la capacidad reflexiva y la investigación, desde sus bases, se dispersa y diversifica, más que fortalecerse. Los productos de la investigación, y muy especialmente los que corresponden a los procesos de formación de investigadores (las tesis de posgrado), mantienen algunas referencias generales comunes, pero constituyen sus propios “modelos”, cada vez menos articulados entre sí. No es sorprendente que los “textos” comunes, de amplio espectro en cuanto a su presencia en diversos tipos de proyectos, incluyan cada vez menos aportes específicos a la teoría de la comunicación, y más, en general, a la sociedad o la cultura contemporáneas.

7 Tecnología, reduccionismo y simulación

Los factores tecnológicos de la “comunicación” contemporánea son probablemente el mayor disruptor de “nuestro” campo de estudio, además de uno de sus principales impulsores, en tanto modificador del “objeto” y en cuanto a apoyo para la construcción y el mantenimiento de los nexos que hacen un campo. Pero la creciente importancia y omnipresencia de las tecnologías “de comunicación” en las transformaciones económicas, políticas y culturales del mundo contemporáneo, contribuye en buena medida a supeditar, conceptual y prácticamente, el desarrollo de la comunicación/interacción social al desarrollo de las tecnologías que median muchos de sus procesos y sistemas.

Y ese desarrollo es notable, por su velocidad y su alcance, aunque también por la concentración de poderes (político-económico-culturales) de la que es indisoluble. La gran paradoja del desarrollo tecnológico de “las comunicaciones” es que sus valores (otra vez, políticos, económicos, culturales) y capacidades de ampliación de las fronteras (espaciales y temporales), reducen al mismo tiempo los costos y esfuerzos necesarios para la comunicación (y para muchas otras “operaciones” constitutivas de la vida social) y las opciones de los sujetos interactuantes, especialmente las que se refieren a la interpretación del sentido de la interacción misma, subsumida por la “interactividad”.

Hay una gran tendencia, antigua e históricamente tematizada, a mitificar los aportes tecnológicos a la comunicación y la configuración sociocultural de la vida (que incluye centralmente las identidades de los sujetos), de manera que así como se concentran las capacidades de innovación y de control de los sistemas, se reducen también las posibilidades de apropiación y uso. Pero, sujetos la innovación, diseño, control, distribución y acceso, a intereses globales no sólo mercantiles, muchos de los procesos, sistemas y aplicaciones tienden a convertirse en *simulaciones* de participación, de aprendizaje, de diversión, de información, de ciudadanía, de progreso, de comunicación.

No se trataría de sostener con esto, en absoluto, un discurso o una postura anti-tecnológicos. Por el contrario, lo que se afirma es la necesidad de una integración conceptual, intelectual, metodológica, de los factores tecnológicos a su matriz sociohistórica, y a los procesos socioculturales que no sólo determinan, sino que también son indisolubles de su origen y proyección. Lo que no parece ocurrir en la investigación y la enseñanza de la comunicación es precisamente el fortalecimiento de esta capacidad crítica de “apropiación” de la tecnología como factor de la comunicación, la sociedad y la cultura contemporáneas.

8 La desdemocratización

Una consecuencia del debilitamiento de la capacidad crítica, del inmediatez superficial y de la fragmentación de los avances académicos en el estudio de la comunicación es la creciente distancia entre los modelos de comunicación y los modelos de democracia que siempre, desde el origen de los estudios de la comunicación, se ha intentado integrar. Lo que acaba siendo evidente en las campañas electorales, la reducción de “la comunicación” a campañas de spots televisivos y por lo tanto al control de recursos de acceso a los medios de difusión, es manifestación de la extendida incapacidad, entre los diversos agentes sociales, de apreciar y respetar los derechos comunicativos de los ciudadanos, indisolubles de los demás derechos individuales y sociales, y condición fundamental para su ejercicio.

La reducción de la comunicación a sus manifestaciones más instrumentales, en la práctica, así como la reducción de la política al ejercicio formal del voto, contribuyen más al predominio de mediaciones sociales autoritarias que democráticas, y se enraízan como cultura. Asumir estas reducciones de la comunicación desde la academia, también por supuesto sujeta a fuertes impulsos instrumentalizadores, es un desafío que tendría que ser más serio y prioritariamente analizado y debatido en los ambientes universitarios. Las “fuerzas del mercado” y la ética asociada a su vigencia, no son exclusivas de algún sector dominante en lo económico, sino que permean también al Estado y a la “sociedad civil”, a la política y a la cultura, a la ciencia y a la educación.

9 El futuro de la carrera

La reflexión sugerida hasta aquí sobre “lo que hemos hecho” y “lo que haremos en los próximos años” no tiene asociadas, en absoluto, actitudes pesimistas. Si no “hubiera nada que hacer”, no valdría la pena discutirlo ni permanecer en la práctica cotidiana en el campo académico. Podría sintetizarse el sentido de la propuesta en una frase: lo que hemos hecho hasta ahora *no es suficiente* para cumplir la “misión” social que justifica la existencia misma del campo: aportar elementos útiles de comprensión de la realidad sociocultural desde el ejercicio de la comunicación a los agentes sociales más diversos. Porque la “comunicación” que interesa es la que no se agota en sí misma, no es la “nuestra” sino la de todos. Ojalá sea eso lo que podamos hacer mejor en los próximos años.

Creo que la “carrera del futuro” tiene, efectivamente, hoy, “mucho futuro”, en tanto sea capaz de enfrentar los desafíos que el estudio académico de la comunicación tiene delante de sí en todo el mundo. Retomo y reformulo, para concluir este texto, los cinco desafíos principales que detecta una investigación muy reciente, realizada en Finlandia (!) sobre el estudio de la comunicación en diversos países (entre los cuales, por cierto, no hay ninguno africano o latinoamericano), como un ejemplo de los “marcos” que podrían adoptar la “carrera” y el campo académico que se ha formado en México a partir de ella para avanzar en los próximos años:

a) La comprensión de los cambios estructurales de nuestro “objeto” central: los “paisajes mediáticos”, en términos de la “convergencia” entre las dimensiones tecnológicas, económicas y culturales de la “comunicación” social contemporánea. Esta es sobre todo una tarea teórico-metodológica.

b) La historización del estudio de la comunicación, ampliando los horizontes temporales de los fenómenos y sus contextos, así como los horizontes espaciales: los estudios de la comunicación han estado sujetos y orientados a las particularidades nacionales, y es necesario “internacionalizarlos” y “globalizarlos”. Este es un desafío fundamental, sobre todo para la profesionalización.

c) Garantizar la calidad de los procesos y los productos de la enseñanza y la investigación. Es indispensable asumir, institucionalmente, las responsabilidades asociadas al ejercicio de la comunicación en todas las instancias de la vida social, y distinguir los aportes de las simulaciones. Este desafío tiene sobre todo un carácter ético.

d) La afirmación institucional de la “disciplina” o, en términos más amplios, la legitimación social del estudio de la comunicación, demostrando la competencia específica y la necesidad (al menos la utilidad) de sus aportes. Esta es una necesidad política del campo.

e) Articular socialmente el estudio de la comunicación con los agentes (poderes) de la comunicación, especialmente los industriales, con respecto a quienes la “brecha” existente en todo el mundo debe reducirse, sin perder la capacidad crítica de la academia. Probablemente, este sea el desafío más complejo y difícil de enfrentar, por lo cual habrá quizá que invertir en él la mayor atención, pero integrando los avances en los cuatro aspectos anteriores.